

EXPERIENCIA MÍSTICA EN

Teilhard de Chardin

Teresa María Gallardo O.P

Diplomado en Filosofía con Mención en Mística y Humanismo

UARM (Universidad Antonio Ruiz Montoya)

Desarrollo Temático

- La tradición cristiana se traduce en la experiencia de Teilhard de Chardin

- La experiencia cristiana es intelectual y afectiva:
Teilhard, sacerdote y científico

- Experiencia mística de Teilhard en “Himno del Universo”:
 - ★ La Misa sobre el Mundo

- Discípulo de la escuela ignaciana, renovador e innovador

- La aventura espiritual de Teilhard, transita las etapas de la mística cristiana
 - ★ Principiante: Vía purgativa

 - ★ Aprovechado: Vía iluminativa

 - ★ Perfecto: Vía unitiva

- CONCLUSIÓN

La tradición cristiana se traduce en la experiencia de Teilhard de Chardin

El 1 de mayo de 1881, nace en Sarcenat (Francia), en medio de un paisaje austero, con suelo rocoso y vetado de cristal, el hijo número cuatro de una familia numerosa, Pierre Teilhard de Chardin. Con 11 años de edad, es llevado al Colegio de los jesuitas de Notre Dame de Mongré, donde treinta años después, escribe de él Henri Bremond, uno de sus profesores: "...Transportando su mente lejos de nosotros, había otra pasión celosa y absorbente: *las piedras*". Este joven, que de niño había crecido en un hogar de buenas costumbres, con sus oraciones y asistencia a Misa los domingos, recordaba más tarde, que esos años "valían por todo el resto" (carta a sus padres, desde Egipto).

Era razonable, afectuoso y piadoso; sobre todo, hacía que el eje de su vida interior fuera el corazón de la materia, imitando a su padre, un naturalista por antonomasia.

En el Colegio, tenía, una cierta actitud contestataria, pero, los jesuitas le dieron una educación formal y la vocación a la Compañía de Jesús. Se entroncan así, las experiencias del ser cristiano con el deseo de perfección, y su correlato por el mundo de la materia. De su noviciado, escriben: "novicio modelo, modesto y aparentemente tímido, pero siempre dispuesto a complacer a los demás...sencillo y deseoso de no aparecer en nada distinto de los demás, alegre y vivaz, y gran caminante...Gran persona, muy amigable y afable, siempre con la sonrisa a punto, recatado, bien plantado sobre sus largas piernas...todo un *gentleman*" (L. Barjon S J., Biografía inédita)

El Cristo cósmico, comienza a moldear su pensamiento, superando la clásica tendencia a mirar sólo lo espiritual, develándose así la materia. Joven aún, parte para El Cairo, con palabras de su padre espiritual (Paul Troussard), quien le dice: "*el Señor crucificado espera la expansión natural de su ser, no menos que su santificación*". Lo animará a proseguir sus investigaciones geológicas ya comenzadas, a la par de su devoción a María y al Sagrado Corazón, inculcadas por Berta, su madre, mujer de piedad ejemplar. Se comienza a perfilar, el hombre capaz de una experiencia **unificante**: abrirse al misterio de lo divino, penetrando a su vez el misterio de la materia.

En Pierre Teilhard de Chardin, la experiencia cristiana ya vivida por los primeros discípulos/as se traduce al descubrir, a través de las enseñanzas de Jesús, la materia esparcida cual semilla en el campo de la Creación, hecha objeto de contemplación: los lirios del campo, las ovejas, la vid, el sol y la lluvia, la higuera, la paloma, el trigo y la cizaña, el bochorno, la tempestad desatada en el mar, la pesca abundante, la levadura, la perla preciosa, el remiendo en el vestido viejo, la casa construida sobre arena o roca, etc.

Teilhard, muy contrario al modernismo de su época, será quien de un nuevo giro a la dimensión trascendente de Jesucristo, el de las dimensiones cósmicas. La teología, le hace superar las disputas propias de la época y abrirse a los horizontes de la ciencia.

Llega a su ordenación sacerdotal el 24 de agosto de 1911; ingresando a la tradición ignaciana, tanto como "aventurero espiritual", como "aventurero de la materia".

El sacerdote y el científico, sellan ante la Divina Majestad el pacto de honrarla y glorificarla, a partir de la fusión de las *dos fuentes: de la ciencia y de la fe*. Escribe: "...Os aseguro que al contemplar esos vestigios de una humanidad anterior a toda civilización conocida, conduce a verdaderas meditaciones: me gusta quedarme allí delante, solo, en un silencio absoluto, que únicamente interrumpe el ruido de las gotas que caen de las estalactitas". (Teilhard- Carta de Puente Viesgo, lunes 16/06/1913)

La experiencia cristiana es intelectual y afectiva

Teilhard, sacerdote y científico

En Ore Place (Inglaterra), Teilhard había estudiado teología, con recia austeridad y una innegable soledad; siendo su metodología de estudio, la continua especulación e investigación. Etapa que forjó a un adorador de Cristo; expresando en una carta a sus padres: "...cuando se emiten los votos se tiene más bien la impresión de que se está uno ofreciéndose a sí mismo; cuando se recibe la gracia de la ordenación tiene que sentirse, sobre todo lo demás, que Alguien se está apoderando de ti" (19/03/1911).

El jesuita-sacerdote, queda inmerso en el ámbito contemplativo; el Alguien se fue apoderando de su mente y de su corazón, a través de la materia que lo desafiaba con ansias, para abrirle los tesoros ocultos de sus entrañas. Ver el mundo en constante evolución, tenía un significado espiritual y cósmico (H. Bergson), y Materia, Vida y Energía daban lugar a la dignidad orgánica de una cosmogénesis.

Ya consagrado para el ministerio sacerdotal, como hijo de Francia, debió servir a su patria en la 1ª Guerra mundial; es notable lo que rescata su comandante, al expresar: "Dos rasgos de su personalidad sorprendían a todos de una manera inmediata: valentía y humildad. Era a él a quien yo enviaba a los puntos cruciales del campo de batalla, cuando no era él mismo quien se dirigía a aquellos sitios por decisión propia..."

Los rasgos de valentía y humildad, no son sólo de un buen soldado cristiano, son los del discípulo de Jesús. Ya si lo enviaban, como por propia decisión, estaba **en los puntos cruciales** del campo de batalla, ¿no será crucial para Teilhard de Chardin, estar en el cruce de la ciencia y la fe, demostrando al mundo de entonces y de ahora, que no es posible separar lo que Dios ha unido? (Mat. 19, 6b.)

En cierta ocasión, al llevar la comunión se sintió conmovido por el abrazo de un soldado que la había recibido; **unía** en él intelecto y afectividad. Narrando sus avatares, escribía al P. Víctor Fontoynt: "Yo deseo ser capaz de amar a Cristo de una manera apasionada, y al mismo tiempo amar mucho al Universo. ¿Es esto una quimera o una blasfemia?" (H. de Lubac, *El pensamiento religioso de Teilhard de Chardin*, Págs. 241-5).

Ésta fue la parte activa de su desempeño; pero, pocos han sido capaces de entrever, que la guerra era la matriz de todo su pensamiento acerca de la naturaleza del hombre y del universo. Había dicho él al P. V. Fontoynt: "Estos treinta meses, han sido como un largo retiro espiritual. Me he vuelto al mismo tiempo muy místico y muy realista" (27/07/1917). El conocimiento de sí, en medio de un conflicto armado, es la señal del hombre que ha madurado en el dolor; más aún, se ha vuelto un místico (como él mismo lo declara), superando la tendencia natural de aversión a un entorno desgarrado por la guerra, con la ecuanimidad propia de los que experimentan a Dios, aún, en medio de esa atrocidad.

La cosmogénesis evolutiva que sostiene, es un drama angustioso venido de Dios, que se expresa por las propiedades de la materia, cuyo destino natural y normal es terminar bien, pero, que el hombre puede desnaturalizarla; por eso, el corazón del pensamiento de Teilhard es el optimismo de la Cruz salvadora, una Cruz que como científico, encuentra postulada por las debilidades de nuestra naturaleza, que resulta ella misma una cruz.

Experiencia mística de Teilhard, en “Himno del Universo”

Teilhard, creyente y científico, sacerdote y paleontólogo, es capaz de testimoniar la **unidad** a la que ha llegado su vida desde una teología racional, que no tiende a agotar un misterio, pues, su certidumbre le viene de la profundización personal de su fe, en una búsqueda de mayor intimidad con Dios, a través del encuentro y la visión.

La dimensión auténticamente sagrada del mundo, se pondrá de manifiesto en las estepas de Asia, durante una expedición científica, donde al no poder celebrar la Eucaristía, como sacerdote potencializa la materia, Presencia Eucarística en el Universo. Lo hace con alma de místico, usando el género poético para expresar su fe, su ciencia y su sacerdocio.

La Misa sobre el Mundo

Tiende una escalera al estilo del sueño de Jacob (Gén. 28,10-13), que le hace decir:

“me elevaré por encima de los símbolos hasta la pura majestad de lo Real, y te ofreceré, yo, tu sacerdote, sobre el altar de la Tierra entera, el trabajo y el dolor del Mundo...”

Al expresar “me elevaré por encima de los símbolos...”, supera todo lo relativo que abarca la materia y entra con ella transformada, “...hasta la pura majestad de lo Real...”, lo Real hecho de todos los secretos de una materia que es organización creada, “...y te ofreceré, yo, tu sacerdote...”, la conciencia de que el sacerdote está puesto para ser otro Cristo oferente del Mundo que lo contiene y le permite ser *punte* entre Dios y los hombres, como dice la Carta a los Hebreos (Heb. 8,3), “...sobre el altar de la Tierra entera...”, cual otro Abel, sin prejuicio, hace de la Tierra un altar para ofrecer lo mejor, ya no un animal, sino el trabajo y el dolor del mundo. Sacerdocio, creación y humanidad forman un todo.

Teilhard, el científico, se consideraba un hijo de la tierra, pues, el corazón del mundo es el Corazón de Cristo, ya que la materia para él es la garantía del Dios Amor.

El paraíso, donde se encuentra el Señor, era para él el mundo moderno de la ciencia y de la técnica, Dios oculto en ambas: en el trabajo de tantos hombres y mujeres, que con dolor se enlazan por toda la tierra. Esta tierra, que no es sólo el soporte de la aventura humana, “de su propia aventura”, sino la explicación del origen biológico del hombre.

Decir de Teilhard que es un científico creyente, es mezquino, pues este jesuita que celebra la Misa sobre el Mundo, es más que un creyente, es un místico. Es el científico que, investido como sacerdote, usa “*el cáliz y la patena de las profundidades de un alma abierta a todas las fuerzas, que en un instante, van a elevarse desde todos los puntos del Globo y a converger hacia el Espíritu*”. Ese hombre es *alter Christus*, capaz de ofrecer lo que Dios le ha dado para su cuidado, como Hostia del Mundo, agradable al Padre. Es el Espíritu, quien transforma la realidad, y le hace romper el esquema espacio-temporal.

La experiencia será a través del Corazón de Cristo, el Cristo cósmico “cuya frente es de la blancura de la nieve, cuyos ojos son de fuego y cuyos pies son más irradiantes que el oro derretido al fuego”, Cristo y el Cosmos al unísono. La **unidad**, como sello de su vida.

Sigue avanzando y exclama: “Me has concedido la gracia, Señor, de comprender...que al principio existía la potencia intelectual, amante y activa. Al principio existía el Verbo soberanamente capaz de someter a sí mismo y elaborar toda la Materia que pudiera nacer. Al principio no existían el frío y las tinieblas; existía el Fuego. Esta es la Verdad...”

...“¡Haz, Dios mío, que estalle, forzada por la audacia de tu Revelación, la timidez de un pensamiento pueril...!. Conciencia clara del místico, poeta, hombre de fe y de ciencia.

Discípulo de la escuela ignaciana, renovador e innovador

Con ocasión del IV centenario de la muerte del jesuita italiano Matteo Ricci en Pequín, el Papa Benedicto XVI ha dicho: “*dotado de profunda fe y de extraordinario ingenio cultural y científico...*” (L’Osservatore Romano 05/06/09). Sin ánimo de comparación, pero sí parafraseando al Papa, podríamos decir lo mismo de Teilhard, que *dotado de profunda fe*, puso al servicio de la ciencia cuánto de lo científico hacía de él un hombre de fe.

Desde Sócrates, pasando por Agustín, Buenaventura y Nicolás de Cusa, quien la dio a conocer, “la docta ignorancia”, es un estado de apertura del alma frente al conocimiento, “más que una posesión, la ignorancia sapiente es una *disposición*” (Nicolás de Cusa).

En el párrafo de la página anterior, decimos que Teilhard implora a Dios, con conocimiento de su ignorancia “*un pensamiento pueril*”, mostrando así una *disposición* en “la precisión de la verdad que luce incomprensiblemente en las tinieblas de nuestra ignorancia” (Nicolás de Cusa). El jesuita que Ofrenda la Misa sobre el Mundo, sabe que Dios es la posibilidad de todas las cosas y, a la vez, su realidad; de ahí su pedido de elevarse hasta lo Real.

Es un renovador del culto, ya que como sacerdote, expresa la dimensión objetiva de la Revelación, celebrando la Misa sobre el Mundo, teniendo a la Tierra como altar: “Enriquecido con la savia del Mundo, sube hacia el Espíritu que le sonríe más allá de toda conquista, envuelto en el esplendor concreto del Universo...” El Espíritu, que transforma la realidad que evoluciona, y desde dentro, tiene fuerza para llevarla a su plenitud.

Es un innovador; en nombre de su visión científica, dialoga y aconseja a los físicos y a los especialistas de las ciencias humanas, pero, no contento con ello, entabla el diálogo con los especialistas de la acción humana. Partiendo de su visión científica del mundo, quiere dar directrices serias para tener una buena moral y hacer una buena política.

El tema que le ocupa, no lo hace imponerse, sino, le permite brindar elementos para la formación del hombre, dándole primacía a los valores del amor, es decir, a la humanización. Camina hacia *el reconocimiento de las implicaciones morales de la ciencia*.

Teilhard, no obliga sólo al científico a ver más claro e ir más lejos en su ciencia, sino, también al teólogo, con la misma diligencia vis a vis de la teología.

Aparece como el gran buscador; es un “aventurero espiritual”, pero, también “un aventurero de la materia”, por eso, llega a decir: “Por naturaleza y por preocupación, soy demasiado hijo del Mundo para no sentirme en mi sitio en un templo construido para gloria de la Tierra...Yo encuentro aquí erigidos en una especie de absoluto la génesis de la mayor conciencia y su cortejo esencial de creación y de investigación...”

Renovador e innovador, Teilhard de Chardin, da a la Iglesia de su tiempo y al mundo que lo rodea, la lección magistral de un hombre de “docta ignorancia”, que ha sabido saltar las barreras y límites del aparato instituido, manteniéndose fiel a su fe y a la amplitud de su pensamiento científico. Hace homenaje a la casa de campo donde nació, “un lugar para que los gentilhombres”, como se decía en francés, vivan en él.

Es el campo del Mundo, el lugar donde este gentilhombre, Teilhard de Chardin, jesuita por vocación, ha elegido vivir glorificando a Dios como hijo de la tradición ignaciana.

La aventura espiritual de Teilhard, transita las etapas de la mística cristiana

Cuando san Juan de la Cruz, trata qué cosa sea la unión del alma con Dios, dice: "... a los que son nacidos de Dios, esto es, a los que, renaciendo por gracia, muriendo primero a todo lo que es hombre viejo se levantan sobre sí a lo sobrenatural..." (Subida al Monte Carmelo, L. II, Cap. 5), da a entender la necesidad de renacer por gracia, por completa gratuidad de Dios. Nos remitimos a Teilhard de Chardin el día de sus primeros votos (25/03/1901), cuando escribe a sus padres:

"Al fin soy ya jesuita,...si supieseis la alegría que experimento ahora, cuando por fin me he entregado completamente y para siempre a la Compañía, particularmente en un tiempo en que está siendo perseguida" (Álbum Teilhard de Chardin, pág. 25).

El recién consagrado experimenta alegría, por compartir al fin, la tradición ignaciana, una de las vetas de la tradición cristiana, con conciencia de que se entrega en medio de tiempos difíciles, pues, "la Compañía está siendo perseguida". Esta clara visión, lo inserta de lleno en la primera etapa de la travesía hacia la unión con Dios, la del principiante, que se alegra de poner todo: memoria, entendimiento y voluntad, para alcanzar tal unión.

Principiante: Vía purgativa

Seguimos con Juan de la Cruz, viendo que:..."para entrar el alma, por la puerta de Cristo, que es el principio del camino, primero se ha de angostar y desnudar la voluntad en todas las cosas sensuales y temporales, amando a Dios sobre todas ellas; lo cual pertenece a la noche del sentido". (Subida al Monte Carmelo, L. II, Cap. 7)

Siendo ya miembro del Juniorado (fuera de su patria), en razón de la persecución desatada a la Compañía, Teilhard vive una profunda división interior: por un lado debe trabajar en el desprendimiento, purificando los sentidos; por otro, siente una íntima afición al cosmos. ¿Qué hacer?, los dos llamados entran en conflicto; duda si no debía renunciar a la segunda, en favor de la primera.

En el Capítulo XVII, del Libro II de la Subida al Monte Carmelo, el místico español declara el estilo que Dios tiene en comunicar al alma, por medio de los sentidos. Para eso, "hay que proceder ordenada y suavemente", al modo del alma; de ahí, el buen sentido del padre espiritual de Teilhard, Paul Troussard, que le dice, que "el Señor crucificado espera la expansión natural de su ser, no menos que su santificación".

Esto le da libertad, más aún, se siente libre para emprender tanto "la aventura espiritual" como la "aventura de la materia". Un buen comienzo, para alcanzar la unión con Dios, desde la purgación del entendimiento a través del estudio y apertura de mente, que le exigirá austeridad (purgación de los sentidos), soledad (purgación del corazón), y hasta incomprensión de sus compañeros y de la Iglesia institucional (purgación de los afectos).

Así, transita hacia la segunda etapa "la de los aprovechados", con otras pruebas, como la muerte de su hermano mayor, Alberico, oficial de marina, acaecida en Sarcenat el 27/09/1902; uniéndose a esto, la noticia de que su hermana menor, Margarita María, enferma de pleuresía debía guardar cama de forma permanente.

De 1905 a 1908, ejerce como profesor en el Colegio jesuita de Segunda Enseñanza de El Cairo, y llama la atención que “no discute ni critica la monotonía del quehacer cotidiano”; ha asumido su aventura espiritual, a la par de su camino hacia las entrañas de la materia.

Aprovechado: Vía Iluminativa

De lo sensible a lo espiritual, según san Juan de la Cruz, va Dios instruyendo al alma a modo sensible. Dios va perfeccionando al hombre desde lo más bajo e inferior, hasta lo más alto y superior, moviéndole a que use, *no que goce* (san Agustín), al modo para alcanzar a Dios, pues, “haciéndose a la corteza del sentido, nunca vendría a la sustancia del espíritu, nunca vendría al varón perfecto” (Subida al Monte Carmelo, L. I, Cap. IV).

La concepción que el principiante tiene de Dios, es que es Ser Perfecto, Infinito, Inaccesible; el principiante es finito, imita la vida de Cristo, un Maestro de carne y hueso. Cuando entra en la etapa de aprovechado, atraviesa la oscura noche de la contemplación, y el primero y principal provecho que causa es el conocimiento de sí y su miseria (Noche Oscura, Capítulo 12).

Teilhard, encuentra una expresión espontánea de su piedad, en la devoción a la Virgen y al Sagrado Corazón, siendo particularmente ésta una experiencia fundante:

“Señor, introdúceme en lo más profundo de las entrañas de tu Corazón. Y una vez que ya me tengas ahí, abrázame, purifícame, inflámame, sublíname hasta la más completa satisfacción de tus gustos, hasta la más completa aniquilación de mí mismo” (Oración de la Misa sobre el Mundo). Alcanzada la iluminación, pide ser aniquilado por el Amor del Corazón de Cristo, porque ha experimentado al Todo.

El Corazón de Cristo, no era una evasión devocional en Teilhard, era el horno de amor en el centro mismo del ser divino, tema de meditación intensa que parecía perder sus contornos, hasta llegar a no poderse distinguir de “un mundo encendido en llamas”.

Era el Cristo cósmico; fe, esperanza y caridad están en lo más íntimo de su vida interior, que, en un cierto sentido lo conduce siempre hacia la tierra y, en otro sentido, siempre lo eleva por encima de ella; es la consistencia paulina de todas las cosas en Cristo (Col.1, 15-20). En esta segunda etapa, hay un recogimiento de todas las potencias, gustos y apetitos espirituales; comienza a “sentir serle todas las cosas Dios”. Es la entrega total.

El aprovechado requiere de un Maestro interior, el Espíritu Santo; para Teilhard, son tres valores los que el Espíritu le enseña: el de la materia; el del hombre y el de Dios, a quien le ofrece todo. Ya vimos cómo la materia se le apertura al científico, a través del Cristo cósmico, que recapitula todas las cosas; el del hombre, que en la visión de la cosmogénesis de Teilhard no es una visión de biología pura e incompleta, es una visión psico-biológica-espiritual, donde el progreso no es solamente de conciencia, sino de amor. Y el de Dios, a quien oraba para “mantenerse humilde y atrevido al mismo tiempo”, porque reconocía que sus ideas estaban “lejos de ser claras” y que necesitaban ser controladas por personas que fuesen muy santas y muy humanas.

Su actividad la sometía a la dirección de la gracia, escribiendo en uno de sus días de Ejercicios: “Sois vos quien me trabajáis, Señor; vos quien me transformáis en vos mismo”, “Gracias, Dios mío, por haberme hecho sacerdote para la *guerra*”. Esa guerra, debía librarla en su crisis de obediencia, cuando en 1925, el 13 de noviembre, su actividad se

vio bruscamente interrumpida al recibir una carta de su provincial, el P. Costa de Beauregard, en la que le conminaba a presentarse urgentemente en Lyon.

Lo que se sabe, es que dos años antes había escrito un artículo sustentando sus ideas, que cayó bajo la mirada del Cardenal Merry del Val, quien hizo apremiantes observaciones al general de los jesuitas, P. Ledochowski.

Es así, que a Teilhard se le pide la promesa que no diría ni escribiría nada “en contra de la posición tradicional de la Iglesia, a propósito del pecado original”.

Se unió a esto, que sus más íntimos amigos de la Compañía, también demostraban desacuerdo con sus propuestas. En la agonía por la que pasa su espíritu, escribe así a Valensín: “Querido amigo, ayúdame un poco. Yo me he portado decorosamente, pero lo que siento dentro de mí es algo semejante a la agonía de la muerte o a una tempestad...Tengo que demostrar con mi ejemplo que si mis ideas aparecen innovadoras, ellas me hacen tan fiel como cualquier otro a la actitud antigua. Esto es lo que yo creo ver. Pero en esto mismo no faltan las sombras...” (16/05/1925).

Es la noche oscura, será desterrado a China en la Pascua de 1926, habiendo escrito al mismo amigo: “Beberé el obstáculo en el acto de mi obediencia”; o cuando le expresa como se sentía, al decir: “algunas veces me siento como un pájaro volteado por un torbellino de viento” (carta del 10/01/1926).

Cristo Rey es el “gran sol” de su vida interior, por eso, no hay actividad alguna que no sea susceptible de divinización. Teilhard, está siendo fraguado por el fuego de ese sol, a punto de plasmar una frase que se ha hecho célebre:

“No es suficiente que yo muera en comunión; enseñadme a comulgar muriendo”; entendimiento, voluntad y memoria, padecen, no menos que su espíritu y la materia.

Perfecto: Vía unitiva

Ha llegado la hora de la transformación; cada uno es el otro (no en el ser), sino en el acto de ser. Y, entrambos, **uno**. San Juan de la Cruz, declarará los efectos de las dos purgaciones espirituales: de la parte sensitiva del hombre y de la espiritual, desde la perspectiva del proceso, unidas con la misma fuerza de Dios, que suple en ella, lo que le falta a ella (al alma). Será obrando en Él, acompañando en Él, la obra de la Trinidad.

En “Canciones del Alma” (Noche Oscura, Prólogo), san Juan de la Cruz, declara los efectos de las purgaciones espirituales. En las dos primeras habla de la purgación sensible, en las seis restantes, varios y admirables efectos de la iluminación espiritual y unión de amor con Dios. Tomaremos la quinta canción, que dice:

“¡Oh noche que guiaste!
¡Oh noche amable más que la alborada!
¡Oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!”

El alma ha pasado ya por estrechos trabajos y aprietos, como dice el Señor en el Evangelio (Mt.7,14); de ahí, que se pueda interpretar a Teilhard en su etapa final.

Teilhard decide viajar al África, pues, entendía que se estaba convirtiendo en una persona molesta para la Iglesia, ya que en la carta encíclica de Pío XII "Humani Generis", se reprobaba de manera implícita la circulación de sus escritos.

Escribe el 29/08/1950, al P. Leroy: "...Yo estoy resuelto a continuar del todo sencillamente mi propio camino en una dirección, que a mí me parece que apunta exactamente hacia un realismo dogmático que Roma desea y pide". Es el hijo de la Iglesia, discípulo de Ignacio de Loyola, capaz de anonadarse, y entrar por la puerta estrecha, para que triunfe la Verdad del Cristo cósmico.

Los amigos que Teilhard tenía en la Compañía, eran bien conscientes de que su salud era tan precaria, que le pidieron, a través del P. Jouve, administrador de *Etudes*, que proveyese al futuro de sus escritos. Aún esto, fue motivo de división, pues, la cuestión se planteaba, si un hombre con voto de pobreza, tenía derecho a disponer de sus propios manuscritos. ¡Qué sutil trabajo de la gracia, para el desprendimiento total! Como había dos posiciones al respecto, animado por el P. Jouve y de perfecto acuerdo con su conciencia, Teilhard, nombró a su fiel secretaria, la señorita Jeanne Mortier, ejecutora testamentaria para sus escritos. Se liberaba así, hasta de decidir sobre lo más valioso de su condición de científico: sus escritos.

¡Oh noche amable!, el camino se hace cada vez más claro; llegó a la Ciudad del Cabo el día 31 de julio, se dedicó a la investigación silenciosa haciendo varias excursiones; parecía más un benévolo maestro de escuela que un científico.

Sin grandes reconocimientos, emprende viaje a Buenos Aires el 12 de diciembre de 1951. Antes de embarcarse, escribe la siguiente carta al P. General de los jesuitas:

"...En verdad (y ello en virtud de la estructura misma de mi pensamiento), yo me siento en la actualidad más irremediamente vinculado con la Iglesia jerárquica, con Cristo y con el Evangelio que lo que he estado en cualquier momento de mi vida", declara así lo que dice la canción: ¡Oh noche que juntaste Amado con amada...!.

Hay una progresión hacia la **unidad**: la vida con la materia, la energía y el amor que profesa a Cristo y a su mensaje, son expresión del creyente que va alcanzando la cima. En la Capital de Argentina, fue poco lo que vio, sólo el otro extremo de la expansión humana, cuyos orígenes había estudiado en África. Dejó Buenos Aires y siguió a Nueva York, para residir con la comunidad de sus hermanos jesuitas. Era el año 1952; se dice que tuvo que aceptar la única habitación disponible, cuyas dimensiones eran muy estrechas. Su pobreza la ejercía con sencillez. Se sometió a lo que la Regla le pedía, visitar una vez al mes a su superior, el P. Gannon, para someterse a sus consejos espirituales. Era la niñez del espíritu, la transformación en el Amado se dejaba traslucir.

Cuando tuvo que compartir el dolor de un amigo, por la pérdida de su hijo (comienzos del 1953), le dijo: "Yo estoy convencido de que...lo que parece ser una catástrofe carente de sentido, se transformará en una especie de bendición. Y mi deseo y esperanza es que, a pesar del golpe, encontrará usted todavía (purificado, tal vez, pero intacto), el gusto por la actividad y el trabajo, y esto porque usted sabrá reconocer y *adorar* una forma de amor superior en lo que acaba de ocurrir" (In the field with Teilhard de Chardin, pág. 147).

O, cuando comunicaba su fe en la vida, a un amigo no cristiano que estaba muy enfermo: "No se rebele contra el sufrimiento. Trate de cerrar los ojos y de abandonarse a sí mismo, como si dijéramos a una energía grande y amante. Esto no es una actitud débil ni absurda...Es todavía demasiado pronto para que usted se levante; trate de "dormir". Dormir con el sueño activo de la confianza: el sueño de la semilla en los campos, durante

el invierno". Es una clase magistral de la vida en el espíritu, que llegado a los umbrales del más allá, vive transformado por la confianza en el Dios de la Vida, dentro del Corazón del Cristo cósmico.

Le escribe nuevamente a su amigo: "La muerte del egoísmo es comprender que nosotros somos un elemento de un universo que se va haciendo personal – si es que puedo decirlo así- a través de la unión con Dios (no digo que se está haciendo Dios). Entonces el yo que nosotros amamos en nosotros mismos no somos ya nosotros mismos." Transformación que le hace describir lo que está oculto detrás del sacerdote, del científico y del creyente. Es el Espíritu de Dios que lo habita, por eso puede aconsejar así.

En el invierno 1953-4, Teilhard estuvo sujeto a profundas depresiones, contaba con setenta y tres años y era consciente de su precario corazón. No le restaba mucho tiempo de vida. Se sumó la muerte de su amigo, el P. Valensin, el 11 de diciembre, que cuando Teilhard se enteró le hizo exclamar: "él ahora **ve** ¿cuándo llegará mi turno?" (Cartas de viaje, pág. 348). Su deseo era volver a París y morir, pudo hacerlo en el verano de 1954; esta visita no fue un éxito, estaba fatigado hasta el exceso y sus exposiciones ya no tenían la brillantez que lo caracterizaba.

Hacia finales de agosto, Teilhard no tuvo a ninguno de sus amigos cuando recibió de Roma la contestación a su demanda de permiso para publicar la respuesta a Jean Rostand, antes bien, se le pedía que volviera a Nueva York lo antes posible. Esta negativa llegó el 31 de julio, fiesta de san Ignacio su Fundador. Todo iba concluyendo, fue la última prueba de obediencia, que desnuda al Teilhard jesuita, hijo de la Iglesia.

El P. d'Quince, escribe: "La obediencia de Teilhard fue, tal como yo la veo, ejemplar..." (L'obéissance du Père Teilhard de Chardin).

Henri de Lubac, acerca de eso, expresa: "...En cualquier caso, ni una palabra de amargura ni la más leve queja acerca de sus tribulaciones" (Carta a R. Speaight el 30/03/1967)

Gilson, el historiador más erudito de la filosofía, criticaba las ideas de Teilhard, pero, no olvidó al sacerdote sumergido en la oración, y pudo escribir de él: "No hay nada turbio en los orígenes de la celebridad de Teilhard de Chardin; todo era puro en él. Bajo el flujo continuo de los aluviones científicos o de otras clases, guardó intacta y milagrosamente preservada, la pepita de oro puro de la fe de su infancia" (Seminarium, Nº 4).

La gracia de los renacidos del Espíritu, la gracia de los perfectos se hacía patente; poco antes de Pascua entró en Ejercicios, y por sus escritos sabemos lo que vivió, al expresar: "La juventud extraída de Cristo Resucitado es la mejor "apologética". Que El me conserve joven (para la mayor gloria de Dios).

1. Porque las tribulaciones y la edad vienen de El.
2. Porque las tribulaciones y la edad conducen a Él.
3. Porque las tribulaciones y la edad me tocarán solamente en la medida que El lo quiera.

Aceptar la muerte tal y como ella me llega en Cristo. La dificultad, en la vejez, es la de acomodar la vida interior a una vida sin *futuro* para sí (uno tiene el rostro contra la pared). Si una multitud de intereses inmediatos se desvanece (carrera, simpatía, influencia), algún interés superior tiene que ocupar su puesto.

Hacer un sitio, y un sitio *elevador*, para el fin que se avecina y al declinar de la vida (dentro de los límites de la voluntad de Dios).

"Estar dispuesto" nunca me pareció significaba otra cosa que "estar tenso hacia delante".

Podemos decir que “el aventurero espiritual”, narra sus aventuras; llega al final de la búsqueda plenamente conciente de su meta final, la Gloria y Voluntad de Dios. El sábado 9 de abril se confesó con un jesuita amigo suyo, el P. de Breuvery. El domingo de Pascua, dijo su misa y se fue a la misa pontifical en san Patricio. Por la tarde dio un paseo, y mientras visitaba a su gran amiga, Madame de Terra, a punto de sorber su te, “se desplomó sobre el pavimento cuan largo era, lo mismo que un árbol cuando lo abaten” (P. Leroy, citado por Cuénot, pág. 387).

Murió el día de Pascua (1955), Resurrección del Señor, a quien había servido como fiel soldado en la Compañía de Jesús. El Cristo cósmico, le concedió el honor de compartir algo que él tanto había deseado, saciarse de la Resurrección. En el seno de la Trinidad, última etapa de los perfectos, se **unía** definitivamente al misterio de Dios y a su propio misterio: creyente, sacerdote jesuita, científico. El pacto con la Divina Majestad, consumado.

CONCLUSIÓN:

Termina la canción elegida...”amada en el Amado transformada”.

El creyente, cuando entra en la vida de la Iglesia, lo hace inundado por la Ssma. Trinidad, que habita en su amada (el alma), con la misma aspiración de amor que el Padre aspira por el Hijo y el Hijo en el Padre, en el Espíritu Santo. La transformación operada por el Bautismo, es un comienzo donde Dios mora y espera alcanzar la plenitud.

Teilhard, supo de esos comienzos, pero también supo de la libertad que engendra la filiación divina, como don innegable de la vida en el Espíritu.

La modernidad, que se ha caracterizado por un fuerte reclamo de libertad, aparece expresando lo incompatible de libertad y creencia en Dios; más aún, la aspiración a la libertad se constituye en uno de los motores de la crítica moderna de la religión.

El texto evangélico: “Si el Hijo les da la libertad, serán realmente libres” (Juan 8,36), es absolutamente central en la experiencia de Teilhard de Chardin, pues, la libertad que desarrolla en todo su pensamiento científico, no es otra cosa que la certeza de que el Hijo, a quien él entregaba su vida como sacerdote y científico, lo hacía “realmente libre”.

El carácter activo del *pneuma*, que es como el viento, principio activo y dinamismo interior, condujo y guió a Teilhard, a descubrir que la salvación de Cristo, es, libertad para toda la humanidad y para toda la creación, como materia asumida en el acto de la Encarnación, pues, desde que el Verbo se encarnó, la materia no puede ser ajena a este misterio.

Por eso, la “gloriosa libertad de los hijos de Dios”, exigió a Teilhard, una manera nueva de mirar y de disponer de la naturaleza, que no fue comprendida por todos sus contemporáneos, ni por la Iglesia de quien era hijo. Éste es el mérito, la “aventura espiritual” emprendida por Teilhard, también “aventurero de la materia”, **unir** ciencia y fe.

Teilhard, enseñó con su vida y su ciencia, que hay un compromiso por un futuro desarrollo humano, donde el Cristo cósmico, Alfa y Omega de todo lo creado, entregará al Padre *el tiempo*, punto “omega”, calentado e iluminado por el Fuego del Espíritu.

Una vez más, el sacerdocio cristiano en Teilhard, se hace “puente”, para alabar, bendecir y adorar la Divina Majestad, desde la Encarnación del Verbo; desde la transubstanciación del pan y del vino en la Eucaristía; y desde la materia, que evoluciona cada día, “...produciendo la maravillosa “Diafanía”, que hace transparentar en todo hecho y de todo elemento, el calor luminoso de una misma Vida” (Himno del Universo, La Misa sobre el Mundo, El Fuego en el Mundo).

Bibliografía consultada

Aguirre Jesús, El futuro de la Verdad, 13 Himno del Universo – La Misa sobre el Mundo, España, Ediciones Taurus

Biblia de Jerusalén, Editorial española Descleé de Brouwer

Chauchard Paul, El pensamiento científico de Teilhard de Chardin, Ediciones Península, Madrid

Herraiz Maximiliano, San Juan de la Cruz- Obras Completas, Ediciones Sígueme-Salamanca

Revista Páginas N° 156, CEP, Lima – Perú

Speaight Robert, Teilhard de Chardin –Biografía, España, Editorial Sal Terrae